La lluvia rompió entonces con furia mayor el seno de las nubes, y se precipitó desde el cielo, mezclándose con los silbidos del viento como para cerrar el paso á la hija prófuga é ingrata.

FIN DEL PRÓLOGO.

PARTE PRIMERA.

I.

Niza, el blando y aromoso nido de flores que divide Italia de Francia, se hallaba lleno de extranjeros en el invierno de 1852, como sucede todos los años durante la estacion de los frios rigurosos.

Además de muchos soberanos, príncipes reinantes y herederos de los primeros tronos del mundo, habian ido á gastar allí una parte de sus riquezas los personajes poseedores de las mas grandes fortunas de Europa, y las mujeres mas celebradas por su belleza y por su elegancia, que es otra belleza, guarnecian los anchurosos parques y los salones de baile como una guirnalda de flores.

Serian como las dos de la tarde, y un claro y hermoso sol de Febrero pugnaba por penetrar en la verde y espesa bóveda que formaban los

árboles del gran parque, sin poderlo conseguir. Multitud de hermosos niños corrian en las grandes calles, jugaban y se divertian con el descuido encantador propio de la infancia.

Sus madres, muchas jóvenes y hermosas, los veian jugar y atendian á la vez cual á un bordado, cual á una obra de crochet que descansaba sobre sus rodillas mas bien que adelantaba, pues su mas grata ocupacion era mirar á los niños y admirar cada una la gentileza y hermosura de los suyos.

Algunas damas leian y estas no eran madres, pues ninguna que tenia allí á sus hijos elegia la ocupacion absorbente de la lectura.

La concurrencia sentada se dividia en grupos. Allí una reina rodeada de sus damas trabajaba en su bordado y sonreia contestando á los respetuosos saludos de la gente que paseaba en el centro de las grandes calles; mas allá una jóven princesa casada con el heredero de un trono y cuya pálida fisonomía decia que habia ido en busca de la salud á la ciudad de las violetas, hablaba con algunos caballeros jugando con un ramillete de azahar y de tuberosas; muchas señoras, que solo llevaban un título, se reian con otras dos ó tres de su amistad y hablaban de trajes, de fiestas y de algun concierto que pensaban dar una ú otra de ellas.

Algunas damas paseaban con personas de su

familia para lucir un traje maravilloso, llegado la víspera de París, ó por mandato del facultativo, que les prescribia el ejercicio, ó sea por ambas cosas.

Dos elegantes y bellas jóvenes habian elegido para sentarse la sombra de un inmenso castaño de Indias; la de ménos años de edad, rubia y encantadora, podria contar veinte y cuatro años, y llevaba en toda su persona el sello de una maravillosa distincion, aún más que el de una perfecta belleza. Tenia los ojos grandes y oscuros, llenos de dulzura y de luz, la boca linda y soñadora, la frente de un corte admirable; pero en los extremos de sus lábios, algun tanto marchitos, y en sus blancas sienes, un tanto ahondadas por alguna dolencia terrible, se veia el sufrimiento, aunque ignorado ó soportado con cristiana resignacion.

Era española y se llamaba en el mundo la condesa de Royé.

La otra dama contaria uno ó dos años mas, y era mucho más bella, aunque no más simpática que su compañera; sus ojos azules se parecian á dos záfiros engastados en un fondo de brillantes y guarnecidos de una franja de seda dorada: una blancura deslumbradora y diáfana, una rizada y abundante cabellera rubia, una boca llena de gracia y de alegría y un aspecto de salud floreciente la hacian adorable para todas las personas

poco dadas á pensar y á sentir y amigas ante todo del buen humor y de pasarlo bien. Era inglesa, viuda, y se llamaba Lady Clarisa Sheridan.

El conde de Royé se apoyaba en el respaldo de la silla de su mujer, y seguia el movimiento de sus lindos dedos que bordaban ágilmente un ramo de flores á punto de tapicería.

Lady Clarisa tenia en la mano una lanzada de marfil y hacia frivolité, mirando de cuando en cuando á un grupo de niñas que jugaban á poca distancia.

Delante de estas personas habia un velador rústico donde se veian tres tazas de plata sobre una bandeja del mismo metal ya desordenadas y que habian evidentemente contenido té.

—Conde, quite usted á María esa labor,—dijo lady Sheridan en mal castellano al esposo de su amiga.

—Se la quito;—repuso él, poniendo sobre la tapicería una mano blanca y aristócrata.

—Pero,—¿qué he de hacer?—exclamó la jóven rubia;—¿pensais que estoy mejor acaso? La labor me distrae más que el no hacer nada.

—Basta de labor por ahora,—dijo el conde;—luego continuarás.

—¿Y qué haré?

—Hablar con nosotros.

—Yo tambien la dejo,—dijo Clarisa.—Hablemos.—¿Tienes ya todo dispuesto, querida María, para la fiesta que das esta noche?

—Sí, todo, gracias á tu ayuda de ayer.

—¿Te has decidido ya por el traje?

—Sí; llevaré blanco.

—Y yo azul.

—Harás bien, para no eclipsarme.

—Lo que no quiero es que me eclipses tú.

—¿Acaso la rosa y la azucena pueden eclipsarse?—dijo el conde:—preciso es convenir en que nó, y, sin embargo, yo abrigo un temor.

—¿Cuál?—exclamaron á la vez las dos jóvenes.

—Creo que todas las demás van á quedar eclipsadas por la artista.

—Poco galante estás,—exclamó la condesa riéndose.

—¿En cuanto á belleza ó en cucanto á lujo?—preguntó lady Sheridan.

—En cuanto á lo segundo.

—Eso ya lo sabremos: basta con recordar cómo salió vestida cuando hace tres noches cantó *Lucía* en el teatro. ¡Qué córte tenian sus trajesl ¡Qué suprema elegancia!

—Diamantes no llevaba uno solo,—observó la condesa,—por lo tanto, mi marido queria decir que nos eclipsaria á todas con su elegancia; pero no se ha atrevido y se ha acogido á la palabra *lujo*, que es más elástica.

El Sr. de Royé pareció un poco embarazado

con las palabras de su esposa, lo que prueba que ésta no iba descaminada en su parecer; pero ántes de que pudiese hallar una respuesta, lady Sheridan vino á sacarle del apuro sin saberlo, porque exclamó:

—¡Ahí viene la gran artista!

La condesa y su marido se volvieron vivamente y vieron venir hácia ellos una mujer, á la que saludaban hasta las personas reales, y que iba precedida y seguida de un murmullo de admiracion.

Nada más asombrosamente magnífico que su porte á primera vista, ni nada más sencillo si se la observaba con cuidado.

Llevaba un vestido de seda azul claro, sin adorno ninguno, pues todo su ornato estaba hecho en la misma tela; pero los volantes, los ruches y los lazos se mezclaban en un desórden y una confusion llena de gracia y con un estilo que á ninguno se parecia.

El aire mecía la multitud de volantitos recortados que adornaban la falda y parecia prestarse de buena gana á aumentar la gracia confusa é indecisa, por decirlo así, que caracterizaba á aquella mujer; todo en ella era vago, jóven, misterioso, y, por lo tanto, todo estaba impregnado de un indecible encanto y de una voluptuosidad angélica; estaba muy delgada, pero se conocia que en época no remota lo habia sido me-

nos: el cuerpo holgado de su traje, á pesar de estarle admirablemente disimulaba su casi estenuacion; delgadez muy rara, atendida su extrema juventud y la floreciente beldad de su rostro.

Un sombrerito redondo de fieltro blanco inclinado sobre la frente y adornado de una sola rosa, pero de admirable belleza, dejaba al descubierto la mitad inferior de su rostro y sombreaba sus ojos grandes, negros y llenos de fuego; sus mejillas redondas, de un puro y juvenil dibujo, eran sonrosadas y frescas y se colocaban como si las iluminase la llama de la juventud. Sus lábios de coral se unian por completo con una espresion triste y algo desdeñosa; al ver el dibujo de aquella boca, la faccion más característica de aquel jóven y gracioso rostro, hubiérase dicho que ya lloraba su poseedora algun amargo desengaño.

Sin embargo, el sentimiento residia en aquellas facciones que llevaban impreso el sello de una alma ardiente y amorosa; su cuello, un poco largo, era redondo como el de un jóven cisne; leíanse apenas veinte años en su andar ligero y suave, y en la gracia casi infantil de toda su persona y apostura.

Una triple cadena de oro con broches ó pasadores de perlas sostenia su reloj, oculto en el cuerpo de su vestido; y esta cadena, con unas grandes argollas de oro cincelado, que la ser-

vian de pendientes, constituian todas sus joyas.

Por lo demás, la tercera parte de su pié, que se descubria encerrado en unos botines de raso turco, y la forma de su mano cubierta con guantes de piel de Suecia de subido precio y corte exquisito, decian claramente que su raza era buena, y que la elegancia era en ella prenda natural y no adquirida.

Venia sola, barriendo las hojas secas del parque con la contera de su sombrilla de raso blanco cubierta de encaje negro, y por toda compañía seguíala un lacayo envuelto en una ámplia librea sin armas ni blasones y toda de color azul oscuro con vivos blancos.

Cuando llegó á pasar por delante de la condesa de Royé y de lady Sheridan, las vió, aunque parecia no fijar en nadie la atencion, y se detuvo.

Las dos señoras se levantaron, y le alargaron á un tiempo la mano.

La recien llegada tomó antes la de la condesa, pero sin estrecharla; y luego hizo lo mismo con la de lady Sheridan.

—Ha salido usted á dar un paseo, señorita; ¿no es verdad?—preguntó la condesa de Royé.

—Sí, señora,—repuso la jóven;—me sentia algo mala, y para estar restablecida esta noche salí á buscar el aire.

—¿Quiere usted sentarse con nosotras?—preguntó lady Sheridad.

—Gracias, señora; necesito un poco de ejercicio.

—¿Quiere usted que paseemos con usted?

—De ningun modo, señora; tengo por costumbre pasearme siempre sola, y no quiero obligar á ustedes á dejar sus asientos.

—¿Le agrada á usted Niza?

—Aun no lo sé; solo hace cuatro dias que he llegado aquí: ya he visto, sin embargo, que el clima es muy dulce y muy benigno.

En tanto que la jóven hablaba con lady Sheridan y con la condesa de Royé, un murmullo sordo iba corriendo por el parque, semejante á una admiracion contenida y en la que entrase una parte de envidia. Algunas personas más atrevidas que las otras se iban acercando y procuraban ver á la recien llegada. Esta lo advirtió y volvió su linda cabecita con una expresion de triunfo y de contento.

—¿Se llama usted Cármen, no es verdad?—preguntó dulcemente la jóven condesa.

—Sí, señora,—repuso la artista, no sin que un fugitivo carmin tiñese sus mejillas;—ese es mi nombre de artista.

—Es un nombre español.

—Yo soy española, señora, y mi padre lo era tambien.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Dos preguntas llegaron al mismo tiempo á los frescos y encarnados lábios de lady Sheridan: deseaba saber si era Cármen el nombre de bautismo de la artista, y cuál era su apellido; pero el temor de disgustarla la contuvo; además, la jóven, cansada ya algun tanto de la curiosidad de que era objeto, habia hecho un movimiento para retirarse.

—Hasta mañana, señora,—dijo;—voy á continuar mi paseo.

Antes de que ninguna de las dos damas le pudiera contestar, un caballero jóven y de elegante figura abrió el grupo ya compacto que rodeaba á Cármen y se acercó á ella.

Esta volvió la cabeza, y otra vez se cambiaron en carmin las rosas de sus mejillas, pero en carmin más subido que la vez anterior.

El la saludó rendidamente y la dirigió una mirada profunda; ella bajó los ojos, correspondió tímidamente á su saludo, se despidió de las dos señoras con una cortesía, y prosiguió su camino con su paso ligero y gracioso que realzaba su aire juvenil é impregnado de una elegancia suprema.

El recien llegado la siguió con los ojos.

—¡Nueva conquista!—dijo el conde de Royé, dando una palmadita en el hombro del jóven, que se habia quedado absorto.

Este no pareció apercibirse de lo que le decian.

—Se llama Cármen; es española, es decir, compatriota nuestra, y tiene una perfecta educacion, ¿deseabas saber más?

—Todo eso lo sabia,—murmuró el jóven,—como si se hablara á sí mismo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una persona á quien encargué yo que se informara, y lo hizo de suerte que ya sé todo lo que es posible saber.

—¿Es lo que yo te he dicho?

—Y algo más.

—¡Habla, querido!—exclamó el conde con una ansiedad cómica;—¡no tengas en tortura á estas señoras!

—¡Ah, sí! ¡Hable usted, príncipe!—exclamó la condesa.—¿Qué más sabe usted?

—Que su madre es francesa; que vivia sola con ella en París desde la muerte de su padre, ocurrida en Barcelona hace algunos años; que estaba prometida desde la infancia á un primo suyo, pintor, llamado Octavio Blarú; que huyó de la casa materna por no poder soportar ni la vida monástica á que estaba condenada, ni la perspectiva de un oscuro enlace, ni el carácter severo y triste de su madre, y que su nombre de bautismo no es el que ahora lleva.

—¿Cuál es, pues?

—No han podido decírmelo. Generalmente una jóven que vive así, en el seno de una familia os-

cura, no es conocida por su nombre de pila. El de su primo lo he sabido porque es un pintor de alguna nombradía.

—Te compadezco, mi querido Jorge,—dijo el conde con tono festivo, aunque en el fondo se podia notar alguna tristeza.—Esas mujeres no quieren á nadie; lo más que hacen es vender su amabilidad y sus sonrisas.

—Yo no la puedo comprar,—dijo el llamado Jorge, con melancolía;—soy pobre á pesar de mi título y de mi cuna, y además, la amo demasiado para eso.

—¿La amas, haciendo solo cuatro dias que la conoces?

—La amo desde el instante en que la ví.

—Esta noche podrás contemplarla á tu gusto y hablarla en mi casa; damos una fiesta para que ella cante.

—¿De qué me servirá? cuanto más la vea, más se acrecentará mi mal.

—Eso pasará, mi querido Jorge, no lo dudes: todos hemos sentido esas alucinaciones durante más ó menos tiempo; á no ser por tu madre, podrias pensar en casarte con ella; pero en tanto que viva, tú la debes de justicia el no pensar en tal cosa; seria darla un disgusto mortal.

—Ya lo sé, y esa conviccion causa mi tristeza.

—¿De modo,—preguntó lady Clarisa,—que usted ha pensado en casarse con esa jóven?

—Sí, señora.

—¿Habiéndola visto solo tres veces en cuatro dias, y para eso dos en el escenario?

—He pensado en que seria muy dichoso haciéndola mi esposa, desde el instante en que la ví.

—¿Sabe usted si ella merece el título de princesa de San Servando?

—¡Título vano que en nada ha remediado nuestra escasez de fortuna!—murmuró Jorge con amargura;—dado á mi padre por sus hechos de armas en favor del Sacro Imperio! ¿De qué nos sirve?

—De estar colocados en la clase más elevada de la sociedad,—dijo la condesa.

—¡Y de apartarnos á mi madre y á mí de todos los goces de una feliz medianía! ¡No podemos ir á los teatros sino á palco, ni puedo consentir en que mi madre salga á pié, aunque yo lo haga casi siempre; el título de general hubiera sido mucho más provechoso á mi padre que el de príncipe!

—Empiezo á sentir frio,—dijo la jóven condesa,—y además tengo que pasar revista á mi salon. ¿Vienes, querida Clarisa?

—No,—respondió ésta,—voy tambien á comer y á prepararme para las diez: advierto que todas las personas á quienes has convidado van desapareciendo con la misma intencion.

—A las diez en punto empezará el concierto,

—dijo el conde de Royé al príncipe;—no lo olvides; no puede durar más que hasta la una, tratándose de una poblacion en que casi todos son enfermos. Empezará la Alboni, pues la jóven artista quiere cederla el primer sitio; cantará con Mario el gran duo de *Los Hugonotes:* luego Cármen nos dejará oir la deliciosa ária del *delirio* de *Lucía*, y en seguida la Grissi y Malvessi cantarán otro duo de *Los Puritanos*.

—No me encargues la exactitud,—dijo el príncipe;—acaso llegue antes que nadie.

—Tanto mejor: tomará usted café con nosotros,—dijo la condesa.

—¡Ana!—llamó lady Sheridan, mirando al grupo de niñas que jugaban á algunos pasos y que no perdia de vista.

Y una criatura encantadora salió de él y se acercó á Clarisa.

—Vámonos, hija mia,—dijo enjugando con su pañuelo de batista la blanca frente de la niña que se hallaba húmedecida por el sudor;—vámonos á casa.

—¡Ah, tan pronto!—exclamó Ana contrariada;—¡ahora que jugábamos tan bien!

—Tengo que hacer en casa.

—Ven, Ana; dame la mano y cuéntame á qué habeis jugado,—dijo el príncipe;—voy á acompañar á tu mamá y á tí hasta el hotel. Vamos, mañana volverás á ver á tus amigas y amigos

La rubia Ana se resignó, no sin mucho pesar, á dejar el parque, y se asió de la mano del príncipe; era una deliciosa niña de nueve años, alta para su edad, un poco gruesa y rubia, como las niñas de los cuadros que nos ofrece la escuela flamenca.

Despues de una afectuosa despedida, el conde y la condesa de Royé siguieron á lo largo del parque para encaminarse á su hotel, y lady Sheridan, acompañada del príncipe y de su hija, tomó el camino opuesto, para dirigirse al que ocupaba aquella.

—Y usted, amiga mia, ¿no dará tambien alguna fiesta?—preguntó Jorge á Clarisa.

—¿Para qué?—respondió ésta;—¿para hacer brillar el talento de esa mujer?

—¿Acaso usted no admira ese talento?

—No soy tan artista, ni tengo una organizacion tan musical como mi amiga la condesa,—respondió lady Sheridan con alguna frialdad.

—¿Le niega usted todo mérito?

—Creo que lo tiene, aunque no sea yo la persona más á propósito para conocerlo; sin embargo, esa mujer no me es simpática.

—¿Por qué?

—Lo ignoro: ¿acaso sabemos nosotros jamás la causa de nuestras simpatías ó antipatías? Sin embargo, diré á usted que me es repulsiva, porque le falta lo más precioso que tiene la juven-

tud: el aire de confianza, de alegría, de sinceridad, que yo confío ver en mi hija hasta que la edad madura la traiga los desengaños.

—¿Y quién sabe si esa mujer es desgraciada?

—Tengo la seguridad de que lo es, y además la de que no es buena.

—¡Qué extraño juicio!

—¡Y qué extraña preocupacion la de usted! Esa mirada amarga y triste; ese pliegue melancólico á cada lado de la boca, esa sonrisa cargada de decepciones; ese porte altivo y un tanto desdeñoso, me dicen que en el fondo de la vida de esa jóven hay un triste secreto, y yo, amigo mio, me he criado y he vivido en la atmósfera algo anticuada quizá, como los modernos talentos dicen, pero serena y pura, de la verdadera virtud, y no doy nunca mi afecto y mi interés á quien se oculta entre misterios y á quien mira con hastío á la creacion entera.

—Pero, señora,—observó el príncipe;—todas las suposiciones de usted son completamente gratuitas. ¿Quién nos ha dicho que esa pobre criatura sea culpable? ¡Acaso es solo desgraciada!

—No seria inferior por completo si no llevase sobre la conciencia el peso de una gran culpa; amigo mio, á pesar de todo lo que se dice, en el mundo hay equidad y la sociedad está dotada de un admirable instinto de justicia. La que se queja

de que toda la falta es, que ella ha faltado antes á todo; y además, cuando la desgracia es inmerecida, se lleva con un modesto orgullo, con dulce y cristiana resignacion, y sale al semblante la grata esperanza de las eternas compensaciones. Esta jóven es culpable de alguna falta grande, ó alimenta el deseo de cometerla: los resultados para la conciencia son los mismos en ambos casos, y ambos pueden darle el aspecto que tanto me choca y me lastima.

Al llegar á esta conclusion, la severa y hermosa inglesa llegaba tambien á la puerta del hotel. El príncipe, contrariado y triste, se despidió.

—¡Ni una palabra me has dejado hablarte!—dijo Ana con su adorable franqueza de niña y con acento enojado.—¿No me has dicho que querias te refiriera mis juegos?

—¡Ojalá lo hubieras hecho!—murmuró el jóven abrazando á la niña;—no me hubieras hecho el daño que tu madre.

—El cauterio es cruel, pero cura,—dijo lady Sheridan tomando á su hija de la mano;—hasta la noche.

Entró en el patio del hotel y la oyó el príncipe decir á la niña:

—Vamos, Ana, á comer, que hoy tengo buen apetito. Tú comerás bien para que yo esté alegre, ¿verdad?

Un sí de la niña se perdió en la distancia, á la vez que el último pliegue del elegante traje y la postrera ondulacion del velo de gasa azul que guarnecia el sombrero de lady Sheridan.

II.

A las nueve y media de la noche el conde de Royé y su amigo el príncipe de San Servando salian del gabinete del primero, donde habian estado fumando, empezando á ponerse los guantes blancos, que era de necesidad para toda funcion nocturna, no habiendo aún sido reemplazados por el grís claro y suave que hoy usamos.

Ambos vestian completamente de negro, resaltando, á causa de lo sombrío del traje, la azulada blancura de la camisa y de la corbata.

—María debe estar ya acabándose de vestir,—dijo el conde;—y por si acaso viene alguno antes de la hora señalada, bueno será, querido Jorge, que nos instalemos aquí.

—¡Qué feliz eres!—exclamó el príncipe mirando á su amigo;—¡qué ángel te ha tocado por compañera!

—María es muy buena y tiene mucho talento; pero eso no quiere decir que yo haya hallado acá abajo la dicha suprema.

—¿Qué te falta, pues?

—En primer lugar, los hijos que he perdido aun antes de nacer, y la esperanza de tener otros: despues...

—Despues ¿qué?

—¡No quisiera que mi mujer fuera tan perfecta!

—¿Qué dices?

—María tiene la naturaleza más atractiva y más simpática que yo he conocido: su organismo de artista es como el iman: ella no ve las adoraciones que se elevan en torno suyo, y que la siguen, pero yo sí.

—¿Estás celoso?

—Siempre lo estoy.

—¿De quién?

—Hoy mi dolor tiene objeto y positiva forma: hoy estoy celoso de ese hombre que nos ha venido siguiendo desde París!

—¿Del brasileño?

—Justamente.

—¡Locura! tu mujer ni siquiera le mira.

—Ya lo sé; pero yo veo lo que hace.

—Lo único temible, á mi parecer, es que es diabólicamente hermoso.

—Eso me desespera, porque María, aunque muy inocentemente, ha notado ya esa belleza.

—¿Aun estamos solos?—preguntó una dulce voz al lado de la puerta; y tras la pregunta, la jóven condesa de Royé entró en el salon.